

MAGIAE NATURALIS

Hay ojos que cuando ponen su vista en el pasado regresan cargados de futuro. Y miradas que cuando escudriñan en el interior revierten lo aprehendido en un despliegue de seres imposibles. Los ojos de Felipe son así, los de un poeta iluminado por el fuego suave de una fantasía que prende en la mecha siempre solícita de lo surreal, de lo imprevisto y no esperado. Son ojos de poeta que dibuja.

Felipe ha ido levantando con el tiempo una taxonomía visual que entre la alucinación y el intelecto parece reinterpretar en clave artística el inmenso legado de Linneo. Una taxonomía que más que un trabajo de campo requiere del concurso de la cultura o, lo que es lo mismo, de la memoria del saber contenido en los libros. También la imaginación se alimenta de cultura y será más fértil cuanto más culta.

El catálogo de imágenes expuesto en esta ocasión, impregnado de un explícito biomorfismo tan lírico como extravagante, lleva la inconfundible marca del artista, que ha hecho de su imaginación sede fabril de los más refinados *caprichos* naturales. Y este libro de la naturaleza depurada por el filtro de la cultura reclama del lector un exigente ejercicio de concentración. Dibujos que precisan de un cierto aislamiento para ser degustados, que exigen espacios vacíos entre ellos y un silencio que nos lleve de la contemplación a la meditación o, casi mejor, al pensamiento ensimismado. El dibujo en Felipe es una actitud mental, su estilo es su carácter. Y en sus líneas vibrátiles y en sus deliciosas curvas habita una colonia de murmullos al oído, un bisbiseo de confidencias y noticias enigmáticas dichas en voz baja, sí, pero con un ligero enfebrecimiento del lenguaje, como si a su gramática privada le hubiera subido unas décimas la temperatura.

Una visión, la de su mundo, que nos produce un placer especial pues nos hace olvidar nuestro mundo real y desencantado y nos lleva más allá de las evidencias cartesianas. Un mundo que nos facilita, en suma, una salida hacia una naturaleza maravillosa y de una insólita belleza. Las imágenes de Felipe deben leerse sin hacer mucho caso a las clásicas categorías de belleza y perversión. Son más bien un ornamento y su conjunto forma una de las más sofisticadas ornamentaciones que por aquí se han visto. Son, al tiempo, una declaración de principios, una manera de ser y de querer estar en el mundo (también en el del arte). Y todo ello dicho limpiamente, jugado en buena lid o, como

dice el autor, “sin parabenes”, es decir, sin añadidos ni aditivos. Dibujos como *accidentes* en los que la tinta ejecuta una danza libre de tan ensayada, espontánea pero exacta, en la que el movimiento al improvisarlo parece autogenerarse. Es como si Felipe solo tirara del hilo y las formas de representación se levantarán.

Su singular “prodomus”, seductor como un pecado de la carne, poblado de tallos, raíces, bulbos, pedúnculos, nervaduras foliares, pétalos y estilos, semillas, espigas florales y otras formas turgentes y carnosas del mundo vegetal es, en realidad, un teatro de marionetas, todo lo naturales e inocentes que se quiera creer pero a riesgo de dejarse engañar por los sentidos. Marionetas como cuerpos fructíferos que se sostienen ingravidos en el aire. El Libro de las Plantas de Felipe es cualquier cosa menos inocente y bastante más civilizado que natural. De ahí que algunas de sus imágenes, por la elección de su combinatoria, rocen a veces lo perverso. Nuestro ojo es capaz de identificar formas, de verlas como tales por separado, de hacer comprender a nuestra mente su individualidad pero lo que nos confunde –y a la vez nos fascina- es su combinación bizarra. Felipe consigue desorientar nuestra lógica a la manera de un Jerónimo Bosco pasado por el fino tamiz de la decoración mural pompeyana que el descubrimiento de la Domus Aurea de Nerón en el siglo XVI volvió a resucitar en la Italia renacentista. Con estos mimbres –y quizá los de algún grabador audaz como Grandville, Odilon Redon o el británico Beardsley- (selectísimas compañías por otra parte) Felipe ha elaborado con meticulosidad de monje medieval un catálogo de imágenes florales que haría las delicias del más sibarita de los espíritus surrealistas. Al no romper las formas sino solamente alterar la lógica combinatoria ha conseguido crear nuevas armonías y relaciones que aun siendo extrañas consiguen mantener los equilibrios sin prescindir de la belleza. Y en esta alambicada ecuación encuentra el ojo su camino hacia la magia.

Representaciones que traspasan los límites del signo bien cifrado y se imponen como presencias a veces inquietantes, otras deliciosas y puede que, en algún caso, hasta obscenas. Composiciones que por estar inverosímilmente yuxtapuestas no permiten una correcta identificación de cosa existente alguna. *Caprichos* que propician la liberación de lo real, abriendo las puertas a lo imaginario para fundar mundos nuevos en este mundo nuestro de cosas conocidas y que, en última instancia, consiguen trasladarnos al siempre agradecido espacio de la seducción. Dibujos como conjuros con una abierta y desacomplejada voluntad estética, levantados sobre la ilusión de que existe algún orden

capaz de sostenerlos, aunque sea en el vacío de su propio encantamiento. Y paradójicamente, libres de toda afectación. Una imaginería vegetal que consigue superar la naturaleza impuesta apostando por otra inventada e ideal.

La tarea de Felipe como artista, hoy como ayer, sigue siendo cifrar la fantasía, dar carta de naturaleza al artificio y hacer de las asociaciones imprevistas una cosmogonía coherente, levantar un mundo otro, fuera del orden natural, construido a través de la sofisticación de la cultura. Un mundo bello y subversivo, perverso y refinado, un territorio para el arte.

Francisco L González-Camaño.